CAPITULO III

The same and a PLATON or a series of the same

consideran que aste espiritu es distinto de la parque qui Sócrates fue uno de ese contado número de hombres de aventura que de vez en cuando han ensanchado el horizonte del espíritu humano. Tales hombres han adivinado en nuestra naturaleza poderes insospechados que sólo ellos han sabido volver realidad en su propia persona. Viviendo la verdad que habían descubierto dieron al mundo la única garantía posible de que no es una ilusión. Se trata de una verdad que por definición está fuera del alcance de sus contemporáneos y compatriotas. La convicción se va imponiendo lentamente a la posteridad con el ejemplo de la vida misma de tales hombres, y no por el testimonio que dejaron por escrito, pues salvo contadas excepciones, no han escrito libros. Fueron sabios, y no se les ocultaba que la letra está llamada a matar en gran parte, aunque no en todo, la vida que el espíritu ha dado. El único lenguaje de que podían valerse estaba expuesto irremediablemente a malas interpretaciones. Una nueva esfera de verdad difícilmente puede revelarse con palabras que lleven la huella gastada del uso familiar. Los que por contacto íntimo percibieron la fuerza de su personalidad han creído más en ellos mismos que en nada de lo que dijeron, pely multi dell'a general actual abant ez auto offico la

Sólo una rara fortuna ha querido que alguno de estos precursores del pensamiento tuviera un discípulo capaz de penetrar el sentido de su mensaje en medida suficiente para llevar a cabo la tarea de transmitirlo. Pero aun en este caso se plantea un curioso dilema del que difícilmente cabe sustraerse: a menos que tal discípulo sea también un hombre de genio, no es probable que esté a la altura de su cometido; pero, si efectivamente es un hombre de genio, entonces no se detendrá en la simple reproducción de lo que oyó de los labios del maestro, sino que hará avanzar el pensamiento del maestro, llevando sus derivaciones a dominios que caen ya fuera de su alcance originario; y al hacer tal cosa quizá transforme tanto la verdad recibida, que el maestro difícilmente la reconocería.

Algo así ocurrió en el caso de Sócrates y Platón. A Sócrates le cupo la fortuna, única en su género, de que entre sus jóvenes

compañeros se contara uno que no sólo había de convertirse en un escritor de arte incomparable, sino que por don natural era también poeta y además pensador no menos sutil que el propio Sócrates. Platón tenía unos veintiocho años cuando Sócrates murió, y slguió escribiendo hasta la fecha de su muerte, a la edad de ochenta años. Un filósofo de su talla no podía limitarse a reproducir el pensamiento de ningún maestro, por grande que fuera. Es cierto que, desde el principio hasta el fin, el germen fundamental del platonismo es la nueva moral socrática de aspiración espiritual, pero en manos de Platón se desarrolla hasta convertirse en un árbol cuyo ramaje cubre el firmamento. El platonismo es —cosa que nunca fue la doctrina de Sócrates— un sistema del universo que abarca todos los dominios de la naturaleza exterior, de la que Sócrates se había apartado para consagrarse al estudio de la naturaleza y del obieto del hombre.

La relación entre el platonismo y la filosofía socrática —la cuestión, por decirlo así, de dónde acaba Sócrates y empieza Platón—aún es tema de discusión entre los estudiosos. No me es posible entrar aquí en esta controversia. Sólo podré exponer la relación según yo la entiendo y según la entienden desde hace buen número de años la mayoría de las autoridades competentes en la materia.

No se piense que en su juventud fuera Platón un enclausicado estudioso de la Filosofía. No hay que olvidar que, durante toda su infancia y juventud, la sociedad griega estaba desgarrada en dos bandos que durante treinta años riñeron una guerra de exterminación recíproca de las que agotan y corrompen a los dos contendientes. Los que hemos tomado parte en un conflicto parecido sabemos a expensas propias que el recrudecimiento de la violencia física hace que se desencadenen las pasiones más bajas y crueles, transformando en virtud patriótica unos impulsos que en tiempos de paz se reprimen por criminales. No hay sociedad que pueda soportar las heridas morales infligidas en una lucha de esta naturaleza, durante toda una generación, y salir ilesa. Quien haya leído los famosos capitulos en que Tucídides analiza el derrumbamiento y disolución de las normas morales en tiempos de guerra y de revolución, seguramente no los olvidará jamás. Aquellos capítulos encuentran eco en una de las cartas de Platón en que, ya viejo, evoca la Atenas de su juventud y la guerra del Peloponeso. Dice que, en aquellos días, su ciudad ya no estaba regida por las costumbres e instituciones de sus antepasados; que había visto como iba derruyéndose a ritmo alarmante todo el edificio de la ley y de la costumbre. En tiempos normales, la distinción de su origen y la distinción mucho mayor aún de sus dotes le hubiera destinado a desempeñar un papel preponderante en la vida pública. En cuanto llegó a la mayoría de edad, sus influyentes parientes y amigos le instaron a que entrara a formar parte de su bando. Sus inclinaciones le tentaban a aceptar aquellas halagüeñas propuestas. Pero dos acontecimientos decisivos que él menciona le hicieron retroceder, horrorizado y asqueado. En las dos tenía que ver Só-

crates. Uno fue el intento hecho por los dirigentes del partido oligárquico, los Treinta Tiranos (como se les llamaba -- entre ellos estaba Critias, un tío de Platón-, de comprometer a Sócrates ordenándole que interviniera en la detención ilegal de un conciudadano. Sócrates se negó, y sólo escapó a la venganza de los tiranos por la circunstancia fortuita de que éstos fueran derrocados repentinamente. El otro fue el juicio y muerte de Sócrates bajo una acusación que Platón califica de falsa e infame. Este crimen judicial fue una mancha en el triunfo de la facción opuesta, la democracia restaurada. Aquellos dos incidentes se destacaban en la memoria de Platón como los que le habían cerrado el camino de la actuación política en una sociedad cuyos gobernantes eran capaces de acciones tan malvadas. Mientras tanto -agrega- se pasaba el tiempo pensando cómo podría restablecerse la vida moral en Atenas asentándola sobre una base nueva. La solución a que llegó fue que la especie humana no podría nunca librarse de males hasta que los amantes de la sabiduría fueran los reyes o los reyes fueran, por mandato divino, amantes de la sabiduría. Esta había de ser la tesis capital de su obra capital, La República, que contiene el programa para la reforma radical del Estado-ciudad con arreglo a principios deducidos de la filosofía de Sócrates.

La República, sin embargo, es una obra madura de su edad madura. No podía haberse escrito hasta haber penetrado Platón el secreto del pensamiento más íntimo de Sócrates y haber formulado su significado esencial. Esta tarea preliminar se lleva a cabo en el primer grupo de diálogos, centrados en La Defensa. La Defensa es un documento de autoridad única. Es la única exposición directa

del sentido de la vida de Sócrates escrita por un hombre capaz de penetrar tal sentido. En los diálogos que pertenecen a este mismo grupo se pintan escenas dramáticas de Sócrates en funciones, de un lado con el fin de defender su memoria, pero más aún con el otro propósito de Piatón de descubrir, para sí mismo y para el mundo, la quintaesencia y el precipitado del pensamiento de su maestro. La noticia que he dado de la doctrina de Sócrates se basa en los resultados que sólo Platón era capaz de enunciar. El Sócrates de Jenofonte es una figura que en la historia humana tendría una talla semejante a la del doctor Johnson. El Sócrates platónico es el verdadero Sócrates, una figura que fue fuente de inspiración para todo carácter noble de la antigüedad griega y romana hasta la hora postrera de su ocaso.

En los diálogos del primer grupo podemos deslindar la aportación de Sócrates a la teoría de las formas (o "ideas"), que es característica del platonismo. La moral de aspiración instituída por Sócrates implica un esfuerzo constante del alma por alcanzar un ideal de perfección. La primera condición de todo progreso es que la meta se vea claramente y que se distinga de las falsas luminarias del placer, que Platón compara con el fantasma de Helena forjado por los dioses para atraer a los griegos a Troya, siendo así que mientras tantto la verdadera Helena había sido llevada a Egipto. La visión clara del ideal es conocimiento, que sólo se logra mediante una ardua reflexión. En Sócrates, esta ardua eflexión adoptaba la forma de intentos de definir el sentido esencial de los términos que suelen emplarse para calificar la conducta justa. Todos estamos de acuerdo, por ejemplo, en que existe algo que se llama justicia. Pero ¿qué que emos decir con este nombre? Si consideramos y comparamos las acciones calificadas de "justas" o "buenas" por distintas personas y distintas comunidades, encontraremos una contraposición de opiniones confusa y desconcertante. Costumbres que en un país parecen bien en otro se condenan. El que viva con arreglo a la vieja moral de la coacción social dirá que su costumbre local es indicada para él; para sus vecinos lo será una costumbre distinta. Pero la nueva moral de aspiración es universal. Sólo puede haber un ideal de perfección común a toda la humanidad, un patrón por el que hay que medir todas las costumbres y todos los actos. De lo cual se sique (deducía Platón) que un término como "justicia" tiene un sentido universal, independiente de todas las distintas cosas que se llaman justas en distintos tiempos y lugares. Este sentido absoluto puede definirse y conocerse. Es lo que Platón llamaba una "forma" o "ideal", fijos en la naturaleza de las cosas, inmutables, fuera del alcance de los decretos arbitrarios de cualquier grupo o individuo.

Cuando calificamos la justicia de "ideal" queremos decir también que quizá no se haya realizado nunca plenamente en un hombre o en un sistema de instituciones. No es una simple "idea" en el sentido de pensamiento o noción de nuestra mente, pues las nociones de nuestra mente son confusas y contradictorias. Sólo son percepciones borrosas e insuficientes de lo que la justicia es en sí. La justicia en sí no es un pensamiento, sino un eterno objeto de pensamiento. Estos nombres que damos a los actos e institucior es que aprobamos pertenecen realmente a elementos de un ideal absoluto de perfección humana, un fin al que toda la humanidad debe aspirar, un modelo que hay en los cielos y que rara vez se ha realizado en la tierra. En esto, pues, en el conocimiento y aceptación de este ideal, estriba el fundamento inconmovible sobre el que debe construirse una sociedad reformada. Buscar este conocimiento y estar dispuesto a aceptarlo es ser amante de la sabiduría; poseerlo (si el hombre puede poseerlo alguna vez) es ser sabio. Por eso declara Platón qu la especie humana nunca encontrará reposo hasta que los amantes de la sabiduría sean los reyes. La república ideal debe ser gobernada por los pocos que más se han acercado a la perfección espiritual, porque saben qué es la perfección espiritual. Hasta aquí, la teoría característica de Platón es desarrollo natural de la práctica socrática. tipes that disour forms are done to all taleful acres

La época siguiente de la vida de Platón, cuando cuenta unos cuarenta años, se caracteriza por su visita a la mitad occidental del mundo griego, las brillantes y suntuosas ciudades de Italia meridional y Sicilia. Allí entabló contacto personal por primera vez con las comunidades pitagóricas, que desde hacía siglo y medio venían conservando y desarrollando una tradición filosófica muy distinta de la física jónica. La filosofía pitagórica era matemática, pero de inspiración mística y religiosa. Los antiguos la reconocían como tradición independiente, apartada de la vía principal d/ la ciencia jónica. La llamaban la escuela itálica porque los principales sociedades pitagóricas estaban establecidas en el sur de Italia. El pro-

pio Pitágoras fue otro de esos precursores del pensamiento que no han legado doctrinas escritas, sino la inspiración que brota de una gran personalidad. No tuvo la buena fortuna, como la tuvo Sócrates, de encontrar un discípulo que fuera capaz de interpretar tal inspiración; pero fundó una hermandad de vida en común dedicada a la continuación de su obra.

De allí fluyó un nuevo tributario que desembocó en la corriente del pensamiento platónico. La influencia pitagórica se aprecia por todas partes en los diálogos del período de transición centrados en La República: el Menón, el Fedón, el Banquete y el Fedro. Los primeros indicios de tal influencia están en el Gorgias, obra escrita probablemente por la época de la primera visita de Platón a Occidente. Se anuncia entonces una doctrina que, según creo, va más allá de Sócrates y es netamente platónica. A las formas absolutas se les da una realidad sustancial, separada de las cosas que les encarnan en nuestro mundo; y al propio tiempo, al alma o espíritu que conoce las formas se les confiere una existencia aparte, independiente del cuerpo en que se aloja durante algún tiempo. El platonismo propiamente dicho data, en efecto, de la confluncia de estas dos corrientes de inspiración: la socrática y la pitagórica. De Sócrates aprendió Platón que los problemas de la vida humana habían de resolverse mediante la moral de aspiración y la búsqueda de un ideal invariable de perfección. De Pitágoras aprendió cómo podía extenderse esta concepción haciéndola rebasar la esfera de los asuntos humanos para convertirla en un sistema que abarca toda la naturaleza y transformara los dominios de la ciencia como quería verlos transformados el Sócrates del Fedón. A diferencia de aquel materialismo jónico que hemos examinado en las primeras páginas, el platonismo no busca la clave de la Naturaleza en el principio, sino en el fin, no la busca en causas mecánicas qu empujen desde atrás, sino en causas finales que produzcan (tirando desde delante, por decirlo así) un movimiento de deseo que quiere alcanzar un modelo de perfección ideal.

Llamar "ideal" a esta perfección sí que implica efectivamente que no se "realiza" —como solemos decir— aquí, que no se reproduce o se encarna por completo en el mundo de la existencia en el tiempo y en el espacio. Pero esto no significa que en sí sea irreal o imaginaria. Al contrario, el mundo de las formas perfectas con-

tiene todo lo que es verdaderamente real. No puede negarse realidad a objetos çue son eternos e inmutables y que pueden ser conocidos por el alma. Estas formas poseen las notas que se consideran características de la sustancia. En este cuadrante es donde ha de buscarse la sustancialidad, no donde la buscaba la ciencia jónica, en el tenebroso y fluctuante abismo de la materia. El mundo inmutable de las formas rige el flujo del devenir en el tiempo y en el espacio, como la Luna, con su fuerza de atracción, rige las mareas incesantes de los océanos.

Es, pues, el platonismo un sistema que extiende a la interpretación de todo lo existente el principio de aspiración que se anuncia en la moral de Sócrates. Lo mismo cabe decir, como veremos, del sistema de Aristóteles en la medida en que se mantiene platonista. Por consiguiente, son éstos los dos sistemas de origen griego que habían de resultarsusceptibles de fundirse en el molde del pensamiento cristiano cuando la moral de aspiración había sido enunciada una vez más en forma distinta. Platón y Aristóteles se cuentan entre los padres máximos de la Iglesia cristiana. A pesar de ciertas doctrinas heréticas, hubieran podido ser canonizados en la Edad Media de no haber nacido algunos siglos antes de la era cristiana. Detrás de ellos está Sócrates, que acaso hubiera tenido que esperar algo más para ocupar su puesto entre los santos, con Juana de Arco. También Pitágoras tendría un título de no poca fuerza pues proporcionó la pista que llevó a Platón a ampliar el principio socrático de aspiración convirtiéndolo en sistema del universo.

A veces, en las historias de la filosofía se dice que Pitágoras era hombre de dos distintos intereses: el de reformador religioso que enseñaba la doctrina de la transmigración e instituyó una sociedad de tipo cultural, y el de hombre de ciencia que contribuyó mucho a poner los cimientos de la matemática, es decir, la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Hasta fecha muy reciente, la transmigración estaba considerada por la mayoría de los europeos modernos como una forma bastante tosca y bárbara de la doctrina de la inmortalidad. Por otra parte, tampoco es inmediatamente evidente para nuestro modo de ver que exista alguna relación entre la inmortalidad del alma y las matemáticas. Por esto, los historiadores tenían propensión a despachar al Pitágoras religioso con una noticia breve hecha por condescendencia y a centrarse en el Pitás.

goras científico y un su doctrina matemática según la cual ha de buscarse en los números la realidad esencial de las cosas. Pero no es ésta la manera de entender la visión del mundo de un gran filósofo. La visión del genio filosófico es unitaria. El hombre de esta clase no encierra su pensamiento en dos compartimientos estancos, uno para los días de la semana y otro para los domingos. Cuando empezamos a entender a Pitágoras es cuando vemos que las dos facetas de su filosofía se funden en la concepción de la armonía, concepción que tiene sentido en el mundo espiritual y en el físico. Veámosla por el lado físico.

El germen de esta filosoíía matemática fue un descubrimiento que se hizo en los dominios, no de la aritmética ni la geometría sino de la música. Pitágoras descubrió que las consonancias perfectas (como todavía se llaman) de la escala musical -los intervalos de la cuarta, la quinta y la octava- pueden expresarse exactamente en forma de razones entre los números 1, 2, 3 y 4, que sumados dan el número perfecto, la década. La razón de la octava es 2:1; la razón de la quinta es 3:2, la de la cuarta, 4:3. No cabe duda de que este descubrimiento se hizo midiendo en un monocordio con caballete móvil la longitud de la cuerda que es necesaria para producir las varias notas que forman los intervalos perfectos. Al músico dedicado al cultivo práctico de su arte quizá le hubiera parecido cosa curiosa; pero eso no le hubiera impedido seguir afinando las cuerdas de oído (como siempre han hecho los músicos). Un hombre de ciencia quizá hubiera pasado a estudiar cuáles son los fenómenos que estas razones miden, hallando -como efectivamente averiguó más adelante un pitagórico- que son vibraciones. Pitágoras, el hombre de genio, adivinó en su descubrimiento un principio que arrojaba luz sobre toda la economía de la Naturaleza.

Si se pasa un dedo por la cuerda de un violín hacia arriba o hacia abajo, producirá una gama contínua de sonido que se eleva o desciende extendiéndose vagamente en ambos sentidos. Si se pulsa la cuerda en los puntos determinados por estas razones numéricas, producirá un acorde de sonidos, la estructura de un orden limitado y armonioso. Esa estructura, que se mantiene constante en todas las distintas escalas musicales, es la clave de toda la arquitectura de la música, que abre un mundo no sólo de orden, sino también de belleza, un cosmos. En griego, "cosmos", significa

belleza lo mismo que orden, y se dice que fue Pitágoras el primero en llamar cosmos al universo. Pues si el tumulto caótico de sonidos que asedian nuestro oído puede reducirse, por el simple principio de la medida limitativa, al orden armonioso del arte y, por último, a las proporciones del número ¿no estará construído todo el orden de la Naturaleza, con la belleza que se le reconoce, según un principio análogo o hasta idéntico? Si se sigue en el sentido físico, este pensamiento llevará a la doctrina pitagórica según la cual la realidad de las cosas no radica en el principio desordenado e indefinido de la materia (lo limitado), sino en el opuesto principio limitativo de la forma y la medida, de la proporción y el número. Todas las cosas que vemos y tocamos representan o encarnan el número. Desde este aspecto de la cantidad mensurable puede conocerse y comprenderse el mundo de la Naturaleza. En astronomía, las velocidades y distancias de los cuerpos celestes están regidas por las proporciones de una armonía que más adelante había de conocerse con el nombre de armonía de las esferas. Las formas o superficies que limitan los cuerpos tangibles representan las figuras perfectas de la geometría, y las leyes de estas figuras pueden reducirse en definitiva a relaciones numéricas. Este descubrimiento - que es clave de la ciencia física está en la matemática- es una de esas intuiciones geniales que datan de la infancia de la especulación filosófica y que todavía sirven de principios orientadores de la ciencia Los físicos de esta generación nos dicen que las leyes de la sustancia material han de expresarse en ecuaciones matemáticas.

Después, pasando del macrocosmos de la Naturaleza al microcosmos del cuerpo y del alma del hombre, vio Pitágoras que la perfección del cuerpo —su belleza, fuerza y salud— depende de una armonía de elementos materiales y, a partir de su época, la teoría y la práctica de la medicina griega estuvieron regidas en gran parte por el principio de que la curación es el establecimiento de un equilibrio o proporción que la enfermedad ha perturbado. El mismo principio se aplicaba a la bondad o "virtud" del alma, cuya salud está perturbada por vicios de evceso y de defecto. El perfeccionamiento del alma es el restablecimiento de la armonía en el cosmos humano. Los movimientos desordenados de pasión y deseos físico necesitan ser dominados y armonizados por la sophrosyne: templanza, dominio de sí mismo, cordura, sabiduría.

Por último, el alma humana no carece de relación con la Naturaleza circundante. Pitágoras enseñaba la doctrina que la transmigración lleva implícita: que hay una unidad de todas las cosas vivas; que dioses, hombres y animales forman una comunidad, animada por un solo principio de vida que puede pasar de una forma la otra. El alma es indestructible, y según el éxito que logre o el fracaso que sufra al buscar la armonía en sí misma y con el mundo está destinada, en otras vidas, a elevarse o descender en la escala de la existencia. En esta tierra, el alma puede llegar al umbral de la divinidad, eludiendo así toda ulterior encarnación. Recobrando la perfección pura, gozará de la compañía de los dioses inmortales para no volver jamás a la tierra. El hombre puede llegar a ser divino, porque la vida que en él hay es un destello del fuego divino que irradia el universo.

No es difícil imaginar el efecto que el contacto con tal filosofía ejerció en el espíritu de Platón, ya imbuido de la moral socrática de la aspiración. Platón nos ha dejado entrever tal efecto en un breve diálogo, el **Menón**, que inicia la serie del período de transición. El pitagorismo sugirió a Platón la doctrina de la reminiscencia, que aquí se anuncia como solución del problema del conocimiento. Además, la reminiscencia implica un alma inmortal que sea capaz de recordar el conocimiento poseído en otro tiempo y luego olvidado.

El problema que esta doctrina ha de resolver cabe enunciarlo preguntando cómo podremos alcanzar alguna vez el conocimientto de esas formas o ideales que Sócrates trataba siempre de definir. No podemos, por ejemplo, captar el sentido de la justicia perfecta mediante el examen de toda la serie de clases de actos o instituciones que distintos hombres y distintas comunidades llaman "justos" Ninguno de esos actos o instituciones constituye una encarnación cabal de justicia, reconocida universalmente como tal. La justicia perfecta no es un carácter común que los penetre a todos y que se pueda extraer del estudio de toda la serie. ¿Cómo podremos, pues, saber alguna vez que existe tal cosa si no se encuentra ejemplo de ella en la experiencia? O bien, si tal ejemplo se encontrara, ¿cómo podremos pues, saber alguna vez que existe tal cosa si no se encuentra eiemplo de ella en la experiencia? O bien, si tal ejemplo se encontrara, ¿cómo podríamos reconocerlo entre todas las de-